

LA EQUIVOCACIÓN DEL FARMACÉUTICO



Un buen amigo de un joven cristiano estaba empleado como farmacéutico. A pesar de su amistad, el joven farmacéutico no compartía con su amigo su fe cristiana. Cada vez que le hablaba de Dios, le hacía burla. Al fin su amigo dispuso jamás hablarle del tema. Le dijo: “De aquí en adelante, jovencito, no te voy a molestar con hablarte más de Dios, siendo que tú todo lo tomas en burla. Una sola palabra más te quiero decir antes de dar por terminada la plática, y no te volveré a hablar hasta que tú desees oír más. Es una palabra de Dios para ti. Es un versículo del Salmo 50: ‘Invócame en el día de tu angustia; te libraré y tu me honrarás’. No lo vas a olvidar”. El muchacho incrédulo sólo se reía.

Pasado algún tiempo, el joven farmacéutico estaba de turno, cuando de repente, sonó el timbre y despertó. Una niña le traía una receta que el doctor acababa de dejar para su madre quien se encontraba muy enferma.

Molesto porque su sueño había sido interrumpido y medio dormido aún, el jovencito pesó los químicos, los revolvió, pegó la etiqueta en el frasco y se lo entregó a la niña, quien se fue apresurada.

Después que ella había desaparecido, el joven comenzó a ordenar los frascos cuando – ¡caramba! ¿Qué había hecho? Había tomado equivocadamente un frasco. En vez de preparar una medicina calmante, él había preparado un veneno mortífero. Y si el paciente tomaba una gota de esto, la muerte le era segura – y muerte de agonía.

Desafortunadamente él no conocía a la niña, ni sabía donde vivía.

¡Si tan sólo pudiera encontrarla! Salió volado de la farmacia a meterse en las calles oscuras. Corría a la derecha, cruzaba a la izquierda, pero todo era en vano. Las tinieblas habían tragado a la niña en las calles de la gran ciudad. Además, siendo que ella se había apurado tanto, tal vez en este mismo momento ella ya estaba administrando la primera dosis de este veneno a su querida madre.

Un sudor frío cubría al pobre muchacho. No sabía que hacer. De repente, el último versículo citado por su amigo, le vino a la memoria: “Invócame en el día de tu angustia; te libraré y tu me honrarás”.

Se apresuró en entrar de nuevo a la farmacia, cayó de rodillas y oró. Esta vez no se burlaba de la fe de su amigo cristiano. En su angustia terrible rogaba a Dios ayudarlo siendo que él nada podía hacer. Sonó el timbre. ¡Qué! ¿Otro cliente? Se apresuró a abrir la puerta y cual fue su gran sorpresa al ver a la niña bañada en lágrimas, cargando solamente el cuello del frasco quebrado.

“Oh, Señor”, lloraba, “Perdóname. Fui corriendo tan de prisa que me caí y quebré el envase”.

Se puede imaginar los sentimientos del joven farmacéutico al recibir de nuevo la receta y prepararla correctamente. La gratitud de su corazón fue profunda. Convicción había penetrado en su alma y comprendió que él era indigno de tanta bondad de parte de Dios a quien por tanto tiempo él había menospreciado y de quien se había burlado.

Naturalmente contó a su amigo lo que le había sucedido y él mismo inició la plática cerrada. Muy luego, llegó a conocer al Salvador de su amigo y pudo realizar la última frase del versículo “y tú me honrarás”.